

CONVERSACIONES CON FREUD:  
Los Juicios de Valor en la Práctica del Analista

Adela Costas Antola

"La conversación deja siempre una huella en nosotros.  
Lo que hace que algo sea una conversación no es el  
hecho de habernos enseñado algo nuevo, sino que  
hayamos encontrado en el otro algo que no habíamos  
encontrado aún en nuestra experiencia del mundo. ...  
La conversación posee una fuerza transformadora.  
Cuando una conversación se logra, nos queda algo,  
y algo queda en nosotros que nos transforma."  
H. G. Gadamer

A: Quisiera en esta ocasión hacerle una confidencia que seguramente le va a complacer. Entre los grandes espíritus es al suyo, Profesor Freud, a quien prefiero convocar, pues casi siempre sus palabras me dejan cavilando, como si usted siguiera aún acompañándome después de su partida.

F: *Pues bien "...sería un solemne desatino ... conjurar a un espíritu del Averno, haciéndole surgir ante nosotros, y despedirle luego sin interrogarle."*  
(p167)(1915[1914])

A: Acepto su desafío y lo comprometo a discutir en otra ocasión el tema del Averno que me resulta muy interesante; ya le contaré porqué. Hoy voy a interrogarle sobre algo que me viene dando vueltas hace ya bastante tiempo y guarda cierta relación con el "más allá". Cuando cursaba el último año de seminarios empecé a darme cuenta que el concepto de pulsión de muerte se fue deslizando paulatinamente por el desfiladero de la valoración moral en tanto quedó asimilado a destrucción, guerra, agresión, todo lo peor del ser humano. Tal vez exagerando un tanto, diría que usted terminó proponiendo una polaridad maniquea<sup>1</sup>: pulsión de

---

<sup>1</sup> Agradezco al Dr. Ricardo Avenburg sus comentarios respecto del ideal, ya que fueron decisivos para que repensara la función del mismo, muy idealizada por mí hasta ese momento.

vida equivaldría a lo bueno y pulsión de muerte a lo malo. Ese fue el primer paso de un camino que me fue mostrando cuán impregnada de juicios de valor está nuestra mirada.<sup>2</sup>

F: *La lectura que usted hace de mi obra no es la adecuada. Olvida que defino varias veces la pulsión de muerte como la tendencia al nirvana, al reposo absoluto, o el retorno a un estado anterior. La pienso también como la fuerza que propende a la desligadura en contraposición a Eros que tiende a ligar y utilizo, por otro lado, el modelo de los procesos anabólicos y catabólicos. Estos enunciados no contienen valoración moral alguna, como usted bien puede notar ...*

A: Pero no olvide que también equiparó pulsión de destrucción con pulsión de muerte ...

F: *Si la pulsión de muerte fuera simplemente el afán del hombre por destruir, matar o agredir, cosas que están a la vista de todos, no hubieran pasado tantos años antes de que formulara dicho concepto. Es más, si usted hubiera leído cuidadosamente recordaría que la propuse como especulación teórica necesaria para dar cuenta de fenómenos de la clínica que no respondían al principio del placer, según venía entendiendo hasta ese momento, allá por 1920.*

A: Acordemos que lo escrito por usted se presta para ser leído de un modo o del otro. Además debo confesarle que, lastimosamente, ha predominado la interpretación maniquea de dicho concepto. Ahora vamos a tener que dejar este tema para otra oportunidad; quisiera tratar con usted en este momento algo que guarda relación con la pulsión de muerte pero quisiera llegar por otro camino.

Recuerdo haber estudiado que junto con el naufragio del complejo de Edipo se constituye el superyó, heredero de los valores, prohibiciones, preceptos, e ideales adquiridos por identificación con el padres ... Me corrijo, creo más correcto decir que la identificación se produce con la instancia parental.

F: *Es cierto, pero no se trata sólo de la instancia parental; "Cada individuo es*

---

<sup>2</sup> Moral alude a "conjunto de normas, usos y leyes que el hombre percibe como obligatorias en conciencia. El lenguaje moral recurre a la función del lenguaje conocida como «apelativa», prescriptiva o imperativa, y así se dice que el discurso moral o el lenguaje moral es un discurso prescriptivo. Las principales manifestaciones de este tipo de discurso son los imperativos, las normas y las valoraciones, o juicios de valor." (Diccionario de

*miembro de muchas masas, tiene múltiples ligazones de identificación y ha edificado su ideal del yo según los más diversos modelos."*(p122)(1921)

A: Cuando usted dice "ha edificado" me hace pensar que ese ideal terminó de constituirse en algún momento, y quedaría entonces congelado en el tiempo y uno estaría sometido a ese mismo ideal por el resto de su vida.

F: *En realidad hay que tener en cuenta que "Cada individuo participa (así) de muchas masas"...*

A: Ahora conjuga en presente, habla de una pertenencia continua a lo largo de la vida ...

F: *Efectivamente, pienso en: "su raza, su estamento, su comunidad de credo, su comunidad estatal, etc. y aún puede elevarse por encima de ello hasta lograr una partícula de autonomía y de originalidad."*(p122) (1921)

A: Yo agregaría "su institución psicoanalítica" dado que, habiendo transcurrido todo un siglo desde que usted fundó el psicoanálisis, casi todos los psicoanalistas pertenecemos a alguna. A veces tengo la impresión de que se han consolidado tan férreamente unos "ideales institucionales" que resulta muy difícil elevarse por encima de ellos para lograr esa "partícula de autonomía y de originalidad" de la cual usted habla. ¿Podría darme alguna pista para entender porqué este ideal se convirtió en un asfixiante corsé, para usar una palabra de su época?

F: *¡¿Cómo?! No tiene acaso presente mi advertencia de que "Yo no soy en modo alguno partidario de fabricar cosmovisiones. Dejémoslas para los filósofos, quienes, según propia confesión, hallan irrealizable el viaje de la vida sin un Baedeker así, que dé razón de todo. ... pero como tampoco podemos desmentir nuestro orgullo narcisista, busquemos consuelo en la reflexión de que todas esas "guías de vida" envejecen con rapidez y es justamente nuestro pequeño trabajo, limitado en su miopía, el que hace necesarias sus reediciones; y que, además, aun los más modernos de esos Baedeker son intentos de sustituir el viejo catecismo, tan cómodo y tan perfecto."*(p91-92) (1926[1925])

A: Resulta fácil decir que el psicoanálisis no debe abocarse a fabricar

cosmovisiones pero los analistas, en tanto pertenecemos a alguna de las muchas comunidades psicoanalíticas, estamos marcados por los ideales que en ella se sustentan. Le cuento además que hoy existen una serie de mandatos que forman parte de una especie de Tabla de la Ley Psicoanalítica que llamamos "Teoría de la Técnica". ¡Y ni le cuento lo complicado que resulta para los analistas que trabajamos con niños y adolescentes! Tenemos que estudiar y responder a tres o cuatro Baedeker distintos, hoy diríamos Michelin o alguna otra guía; el primero, dedicado a todos los analistas en general, el segundo y tercero al trabajo con niños o adolescentes y el cuarto regula el intercambio con los padres. Es acerca de esto último que paso a comentarle.

En relación con una frase suya escrita en "El yo y el ello": "... *el superyó no puede desmentir que proviene también de lo oído...*"(p53), recuerdo haber escuchado reiteradas veces: "*Un analista no puede decirle a los padres lo que tienen que hacer*". Este "no puede" suena a precepto, algo que se le impone como mandato. Si tomamos la teoría de la técnica como el catecismo, es evidente que su contenido será transformado en preceptos a los cuales el analista debe someterse; los mismos funcionan como un aparato ortopédico que impide determinados movimientos o posiciones, forzando otros. En vez de una "atención parejamente flotante", según usted definiera, el analista se encontraría interferido y lidiando con un "superyo psicoanalítico" que lo aprueba o lo condena, entorpeciéndose enormemente la escucha. ¡No hallo forma de resolver esto! Por favor, no me malentienda, no estoy poniendo en duda la necesidad de estudiar lo que usted y otros muy buenos analistas que visitaron este mundo después de usted nos han legado.

F: ¿Qué es el "superyo psicoanalítico"? Yo nunca introduje una instancia así!

A: No se moleste Profesor ... Como estamos conversando, me permito usar laxamente el término para referirme a aquellos mandatos que pasan a formar parte del analista en tanto se constituye en ideal a partir de su participación de la "masa psicoanalítica"; usted había acordado con ello al inicio de nuestra conversación o por lo menos no lo objetó. Le ruego que sigamos el camino por donde yo le marco,

quienes lean estas conversaciones no pueden andar saltando de un tema al otro.

F: *Los espíritus ya no podemos tener iniciativa, sólo nos queda responder dentro de lo ya dicho durante nuestra vida en la tierra. En cambio ustedes, los que están vivos, se permiten hacernos decir cada cosa! Volvamos pues a esa frase suya ... ¿no se le ocurre pensar en otra acepción del término "poder"?, después de todo no dice "no debe".*

A: Déjeme ver ... el término "poder" alude también a tener capacidad para llevar a cabo determinada acción. Ahh!... claro! podría aludir entonces a un estar imposibilitado! ¡Diferencia radical entre una prohibición y una limitación intrínseca, una imposibilidad que se asienta en una carencia! Dicha falta lleva a cada uno a construir su propio camino, siempre singular y, muchas veces, no lineal; llegamos - ¿llegamos?- por grandes rodeos, yendo al norte para terminar en el sur ...

Supongo que usted está de acuerdo con esta segunda lectura, entonces ¿porqué es necesario hacer enunciados que suenan a catecismo? ¿No sería acaso una posición a la cual se accede a través del propio análisis y no por los textos estudiados?

Acumulamos una cantidad enorme de conocimientos a través de varios años de estudio de la teoría y la técnica psicoanalítica pero sin el análisis personal es sólo información que no puede traducirse en praxis. Son conceptos que por lo imposible de su aplicación sin análisis se constituyen en preceptos irrealizables, pues se carece del equipo necesario para responder a ellos. En estas condiciones la teoría se convierte en mandatos superyoicos.

F: *Seguramente usted saca estas deducciones a partir de esa frase mía que ustedes los analistas de hoy usan reiterativamente: "Así (como el padre) debes ser ... Así (como el padre) no te es lícito ser".*

A: Es cierto, pero no solamente a partir de ella sino también de mi propia experiencia. Ahora si usted me pregunta qué es primero, tengo que reconocer que algunos conceptos suyos son cristales que descubren ante mi nuevos hechos y al mismo tiempo condicionan mi mirada.

A propósito de esto, muchas veces me golpean ciertos enunciados suyos que

suenan muy egoístas, como cuando dice que no debe interesarnos la cura del paciente o cuando en "Introducción del Narcisismo" se refiere al amor parental como "el narcisismo redivivo de los padres", echando por tierra esa frase que tanto nos gusta a los padres "Es por tu bien". En algunos casos tengo que acordar con usted en esta mirada egoísta, por ejemplo, el análisis del analista lo preserva fundamentalmente a él mismo. Podríamos -disculpe que lo incluya en el "nos"-enunciarlo como una máxima publicitaria siguiendo los parámetros de la moda actual que, aunque usted no lo crea, constriñe a los cuerpos a la mayor delgadez posible:

ANALISTA: NO ENGORDE SU SUPERYO, ANALÍCESE

En cambio si formulo la frase prestando atención al bien común o al bien del paciente tendría que decir:

Analista, cuide a su paciente, analícese.

Dicho así suena mucho más generoso, tiene un tono altruísta y podría caer mucho mejor. Nosotros nos mantenemos alertas ante el peligro de la iatrogenia en que puede derivar un tratamiento por la falta de análisis del analista.

F: *Desconfíe siempre del altruísmo, puede esconder cosas de las que no quiere enterarse. "El origen narcisista de la compasión, que la palabra misma atestigua,<sup>3</sup> es aquí por lo demás totalmente inequívoco." (p81)(1918[1914]).*

A: En ese mismo sentido un contemporáneo suyo, Nietzsche (1887) va más lejos aún, al considerar a "la moral de la compasión ... el síntoma más inquietante de nuestra cultura" en tanto es "la voluntad volviéndose contra la vida"<sup>4</sup> (p22).

F: *Aquello que se vuelve contra la vida no es ajeno al tema que estamos tratando. "El superyó se ha engendrado, sin duda, por una identificación con el arquetipo paterno. Cualquier identificación de esta índole tiene el carácter de una desexualización o, aun, de una sublimación. Y bien; parece que a raíz de una tal trasposición se produce también una desmezcla de pulsiones. ... Sería de esta desmezcla, justamente, de donde el ideal extrae todo el sesgo duro y cruel del imperioso deber-ser."*

---

<sup>3</sup> "{En alemán, "mitleid", que evoca -como en castellano- sufrir (uno mismo) con}"

A: Sin análisis, este "imperioso deber-ser" encontrará su camino expedito para encarnarse en la voz de los supervisores, profesores, autoridades de la institución, incrustándose como exigencias morales y perdurando como ideal a emular. Uno de los peligros de la falta de análisis sería erigir más y más modelos con los cuales medirse.

¡Pero qué tranquilizador es contar con modelos! Es bastante usual que una supervisión, antiguamente denominada control, sea vivida como una evaluación de donde provendrá la aprobación o desaprobación: "que me digan si está bien o está mal lo que estoy haciendo con el paciente". Lo inaprehensible de nuestra tarea, la falta de parámetros con los cuales medirse, lo inalcanzable de enunciados tales como "sin memoria, sin deseo y sin comprensión" nos empujan muchas veces a buscar amparo en la firmeza ilusoria de las posiciones morales, allí donde reina una clara definición entre bueno y malo, asegurándonos la pertenencia a la masa, en este caso, psicoanalítica.

F: *¿Cómo es eso de "sin memoria, sin deseo y sin comprensión"?*

A: Ahh, olvidaba que usted no llegó a conocer a un psicoanalista inglés, Bion, quien definió de ese modo la tarea del analista en sesión, tema del cual no voy a ocuparme en este trabajo que lo estoy preparando para la Jornada del Dpto. de Niñez y Adolescencia de mi Institución.

Me gustaría que discutiésemos ahora acerca del juicio de valor en la relación del analista con los padres del paciente. Se me ocurrió la siguiente pregunta: ¿Nos compete a los analistas juzgar, valorativa o moralmente, a los padres?

F: *¡Cómo se le ocurre semejante cosa! ¿¡Acaso pretende convertirse en un Baedeker para padres!?*

A: Le pido que considere el valor mismo de la pregunta. No se imagina lo difícil que fue para mi llegar a formularla; un NO rotundo y absoluto se me imponía cada vez que intentaba escribirla. Gadamer, filósofo de la hermenéutica, sostiene que la comprensión requiere de la suspensión de juicios y agrega que "...toda suspensión de juicios, comenzando por los prejuicios, posee la estructura lógica de la

---

<sup>4</sup> Nietzsche crítica así la valoración que Schopenhauer hace de lo "no-egoista".

pregunta".(p69). Así fue que encontré en este filósofo de la hermenéutica la autorización para enfrentar mi propio prejuicio, el cual siempre lleva a formulaciones contundentes que cierran la posibilidad de pensar, impidiendo incluso la formulación misma del interrogante. Aunque éste sea un paso necesario, tengo la impresión de que muchas veces formulamos enunciados sin haber abierto un espacio de incertidumbre previamente; algo parecido sucede con los niños cuando construyen sus teorías sexuales. La angustia que la incompletud despierta es rápidamente calmada con una teoría que rellena. Otras veces es la angustia frente al superyo la que nos impide preguntarnos acerca de aquello que de antemano ya aparece como una trasgresión, algo que se debe corregir antes que entender.

Yo sé que resulta obvia la respuesta; Bion ni siquiera necesita incluir un "sin juicio de valor" en esa fórmula que le comenté. Esta función psicoanalítica propiamente dicha, en sesión, se diferencia de una otra que hace a la relación del analista con los padres de su paciente. Sabemos que la comprensión psicoanalítica sólo es posible si nos quedamos atrapados en el razonamiento lógico o en un maniqueísmo que salva a uno y condena al otro. Pensar analíticamente no es compatible con la escucha desde la valoración, aprobando o desaprobando lo oído aún cuando no se comunique al paciente.

F: *¡Siempre lo he dicho! Un buen ejemplo tenemos en la posición del analista frente al amor de transferencia. En ese artículo discutí lo relacionado a la posición moral del analista y no sólo me cuidé muy bien de no enunciarlo como prohibición sino que además consideré un hallazgo poder dar una mirada desde un vértice distinto al de un juicio de valor. Le recuerdo cómo lo expresé: "Esta vez me encuentro en la feliz situación de sustituir la imposición moral por unos miramientos de la técnica analítica sin alterar el resultado" (p167)(1915[1914]) (el subrayado es mío) ¿Se da cuenta que el término técnica derivado de tékhne, como habilidad o arte se aleja bastante de la concepción moralizante que proponía usted al principio?*

A: Acuerdo en ello. De todos modos y como le dijera anteriormente, también los enunciados de la Teoría de la Técnica pueden ocupar el lugar de mandatos, preceptos e ir a engrosar el superyo.



Haciendo esfuerzos por no ceder ante lo obvio, quisiera volver sobre los juicios de valor o la "imposición moral", como la llama usted, para comprender la diferencia entre una mirada y la otra. De lo contrario, la técnica podría operar como mandatos y cuando los incumplimos sufrimos los reproches del superyó por los ideales no alcanzados o sentimos amenaza de no ser reconocidos por nuestra comunidad psicoanalítica.

Veamos qué consecuencias puede acarrear una intervención del analista en relación con los padres de un paciente cuando la misma se asienta en un "juicio de valor". Cuando pienso acerca de esto resulta inevitable recordar las palabras de la Dra. Marilú Pelento.

F: *No tengo idea de quien me está hablando.*

A: Es una reconocida psicoanalista de nuestro medio. Me impactó mucho cuando afirmó que los psicoanalistas de niños tenemos cierta responsabilidad en la caída prematura de los padres de ese lugar de saber necesario para la constitución subjetiva. Seguramente hay muchas maneras de colaborar en esa caída. Pero ahora quisiera centrarme en aquellas que tienen que ver con la posición moral del analista, cuando éste sanciona desaprobando la actitud de los padres. ¿Qué supone esto? A primera vista resulta evidente que el analista se ubica en el lugar del saber y del poder, posición de superioridad frente a los padres, quienes quedan condenados a la posición de desvalidos: ¿hijos? ¿alumnos?.

A modo de ejemplo le voy a exponer una situación de mi clínica. Una madre consulta por la dificultad que tiene su hija de tres años para separarse de ella y en alguna entrevista posterior aparece en su relato la constipación pertinaz que la madre resuelve extrayéndole del ano la materia fecal con los dedos. ¿Cuál sería a sus criterios la intervención más adecuada del analista?

1. Como la madre está haciendo terapia, ¿esperamos que allí pueda descubrir las determinaciones inconscientes de su accionar?
2. Como el tema es planteado al posible analista de su hija, ¿se extienden las entrevistas con la madre para trabajar ese tema puntualmente?
3. ¿Prescribimos como en un acto médico prohibiendo tales maniobras a sabiedas

de que sólo estaríamos cambiando las manifestaciones conductuales, ya que esos fantasmas seguirán manteniendo su eficacia inconsciente determinando otra escena en la cual desplegarse?

4. ¿Comenzamos directamente el análisis del niño y confiamos en las armas que podría conseguir en su análisis para enfrentar las condiciones adversas en las que se halla inmerso, manteniendo la abstinencia respecto del accionar de los padres aún cuando una situación de abuso lleve a la enfermedad del hijo?

F: *¿Se da cuenta lo inútil que resulta un Baedeker para el analista? La clínica psicoanalítica requiere la construcción de un camino singular adecuado a cada situación que es en sí misma única.*

*Espero que esta conversación se haya logrado -como dice el filósofo que cita al principio- y le quede entonces algo que la transforme, a usted porque a mi sólo me resta repetirme por toda la eternidad, siempre y cuando ustedes mantengan viva mi palabra.*

A: Creo que ha sido efectivamente una conversación transformadora, por tanto lo comprometo a que nos encontremos nuevamente en el próximo Simposio de ApdeBA en octubre del 2001.

#### BIBLIOGRAFIA

- Freud, S. (1915[1914]) Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. A.E. XIII  
 (1921) Psicología de las masas y análisis del yo. A.E. XVIII  
 (1923) El yo y el ello. A.E. XIX  
 (1926[1925]) Inhibición, síntoma y angustia, A.E. XX
- Gadamer, H.G. (1959) "Sobre el círculo de la comprensión"  
 (1971) "La incapacidad para el diálogo" Verdad y método II. Ediciones Sígueme. Salamanca, 1992.
- Nietzcsch, Friedrich (1887) La genealogía de la moral. Alianza Editorial, Buenos Aires, 1995.

